

LOS LIBROS

NOVELA

SANTA MISERIA, por *Frans Emil Sillénpaa*.

La tapa de este libro atrae poco. El título y el nombre del autor, Sillénpaa, que más parece un seudónimo sin gracia que un verdadero apellido, no llaman la atención del transeúnte o del curioso de libros. Además, el nombre de la editorial, Sthentor, cuyas letras se leen difícilmente en la carátula, suena a algo apócrifo. Sin embargo, se equivoca el que, como nosotros, juzgue de las apariencias. *Santa Miseria* es un formidable libro. Abriéndolo y leyendo las dos primeras páginas puestas ahí sin título y a manera de noticia informativa sobre el autor y su obra, se da cuenta uno de lo que pasa: Sillénpaa es un apellido finlandés (o finés); Sthentor, escrita ya con letras de molde y no dibujada a caprichosamente, es una palabra más agradable y significa lo que expresa; ya no tiene nada de extraordinario ni de rara. Es el nombre de una editorial que también pudo llamarse de otra manera.

Santa Miseria recuerda por sus personajes a *Los campesinos* de Ladislao Raymont. Pero los recuerda

nada más. Aunque miserables, son distintos, es decir, son más miserables aun. *Los campesinos* de Raymont, nos referimos a la obra, tienen cierto carácter de epopeya, de grandiosidad; abarcan un considerable número de individuos y éstos se mueven con soltura, gozan, sufren, se matan, etc. Pero *Santa Miseria* es otra cosa. Es, en primer lugar, un libro desesperante, un libro de esos que parecen gozarse en torturar al lector con la inacabable y dolorosa vida de un individuo, desmenuzándola de manera casi química, como con ácidos, agregando dolor a dolor, amargura a amargura, hasta el extremo de provocar en el lector un sentimiento de agresividad contra el autor. *Santa Miseria* recuerda, en este sentido, a las más lacerantes páginas de *Los endemoniados* y *Crimen y castigo* de Dostoievsky y a una novela de Jean Böjer titulada *El poder de la mentira*. Hay en esas páginas algo de sadismo intelectual un deseo de poner a prueba los nervios de los más equilibrados lectores.

Santa Miseria es la vida de un campesino finés, más bien dicho, es la muerte, pues ese hombre, desde que nace, no hace otra cosa que morir. Su existencia es una agonía de

sesenta años. Nada hay alegre para él, ni aun el placer sexual. Parece que el autor se hubiera propuesto no dejar a ese hombre gozar en nada, absolutamente en nada. Una desgracia tras otra se suceden en su vida, hasta que muere, hasta que descansa, deberíamos decir. Es demasiado.

Pero si por una parte el libro de Sillénpaa llega a agotar al lector y a hacerlo desear que llegue luego el fin, por otra, no es así. Este finés satánico maneja el escalpelo con mano maestra. Con palabras que la traducción ha logrado mantener en su justa expresión, describe los menores pensamientos, reflejos y sensaciones que se suceden en la triste cabeza de Juha Toivola:

En la conciencia debilitada del caduco Juha empieza a producirse ese fenómeno natural, ese proceso espiritual que se llama la formación de una concepción de la vida. Este flaco Juha, de cráneo calvo, aprendería seguramente con menos dificultad a volar que a decir estas palabras y a comprender su significado; pero este fenómeno se inicia también en él a su hora, a pesar de todo, como la hoja cae del árbol no obstante ignorar el proceso botánico que determina su caída. Juha cree comprender ahora claramente lo que es su vida. Es una substancia acre y estúpida, que el hombre recibe en mayor cantidad de la que puede manejar, de suerte que está siempre medio abrumado, siempre a punto de ser ahogado por ella, como si se encontrase en un enorme henil al que diez pares de caballos al galope llevaran heno sin cesar. Y así hasta que llega el momento de morir.

La idea de la muerte obliga a Juha a ponerse instantáneamente de pie en el declive a orillas del camino,

y le hace proseguir con bastante rapidez su viaje. Es viejo, anda por los cincuenta años, ¿cuándo y cómo morirá? No acaba de hacerse el pensamiento de que, quiéralo o no, este vasto conjunto que forman él y los suyos y todos los grandes y pequeños hechos que a ellos se refieren, haya de disociarse un día.

Trozos como éste, de hondo análisis psicológico, hay muchos en *Santa Misericordia*. Ellos constituyen el verdadero valor de esta novela, que de otra manera sería pesada.—*M. R.*

DE PROFUNDIS, por Stanislas Przybyszewsky.

Poco importan la forma del sombrero o el color de los pantalones de mis héroes; lo que interesa es el estado del alma en que se hallan, la influencia que ejercen unos sobre otros y las catástrofes que de ahí resultan. Mi novela no consiste en digresiones superficiales del artista sobre sus héroes, a quienes debiera hacer hablar por sí mismos, sino en una serie de escenas dramáticas; mi novela es propiamente un drama con cambios constantes de escenario, que de vez en cuando es interrumpido por un monólogo mudo».

Estas palabras escritas por el novelista polaco Stanislas Przybyszewsky en 1897 son como la voz anticipada de lo que iba a ser el nuevo arte de novelar, y que en 1925 con palabras distintas, pero coincidiendo en el concepto, había de manifestar—vale decir dogmatizar—Ortega y Gasset en su ensayo «Ideas sobre la novela» cuando dice que la nueva novela debe ser presentativa.